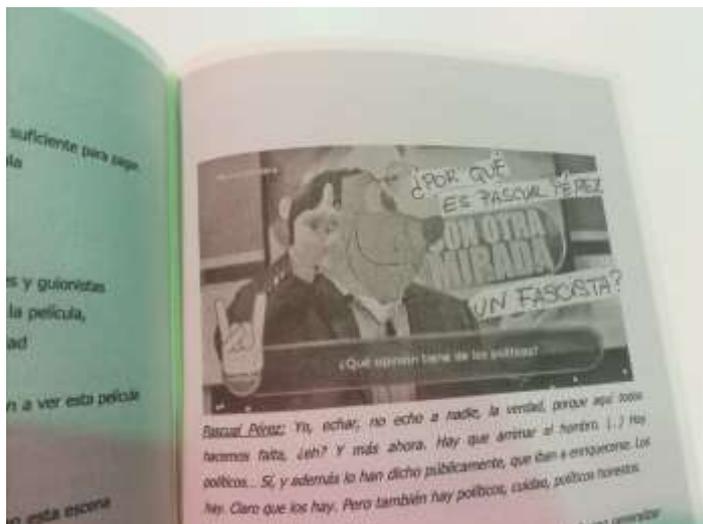


Pero poco después descubres que Nati no es la única narradora. Tampoco la única protagonista. Paulatinamente aparecen sus parientas: Marga, Patri y Àngels. **Todas ellas han sido clasificadas por la administración pública catalana y el sistema judicial estatal como personas con "diversidad funcional", "discapacitadas intelectuales"**. Durante años han vivido recluidas en residencias especializadas, y ahora comparten un piso tutelado en Barcelona. Todos sus movimientos, deseos y acciones son disciplinados, vigilados y normalizados como condición indispensable de su libertad condicional.

Lectura fácil se convierte entonces en una novela coral, rota en cuatro perspectivas distintas —que se enuncian desde premisas formales diferentes: las actas de un ateneo anarquista, declaraciones judiciales y una novela escrita por partes en un grupo de WhatsApp—, cuyo punto ciego es el poder represor de la ideología que divide a las personas entre normales y anormales, entre ciudadanos y monstruos, entre chicas sanas y peligrosas dementes. Sin embargo, lejos de articular un discurso antipsiquiátrico al uso, repitiendo las manidas críticas a la medicina mental que hicieran autores como Thomas Szasz y Michel Foucault, **Cristina Morales parte de un anarcofeminismo radical mediante el que escenifica como nosotros, los lectores, también contribuimos activa y pasivamente a perpetuar ese poder represor, a blanquear y naturalizar el fascismo cotidiano.**

La risa se convierte lentamente en una incomodidad, porque sentimos que ese macho fascista contra el que disparaba Nati al principio de la novela somos precisamente nosotros. **Que lo somos cada vez que asumimos acríticamente y reproducimos el lenguaje disciplinario que incapacita a las protagonistas**; que lo somos cuando aceptamos el marco de la superación personal y la "lucha contra su discapacidad" para hablar de ellas; que lo somos en todos los momentos en el que nuestro silencio e indiferencia se convierte en una agresión hacia las mujeres.

La novela va mutando a medida que avanza la lectura, y la cuádruple estructura que había solidificado a lo largo de 200 páginas se va deconstruyendo hacia el final —con un fanzine mediante— **para fundir las cuatro perspectivas de la historia en un clímax final. La novela implosiona en ese punto ciego que es la ideología, y somos nosotros los que creemos que vamos a estallar.**



(Imagen del fanzine incluido en 'Lectura fácil')

"La crítica no debe ser constructiva, debe ser destructiva", explicaba Cristina Morales en [una entrevista sobre *Lectura fácil*](#). **"No sé si lo he conseguido, pero en la novela no quiero proponer reformas, todo lo contrario, quiero destruir lo que existe. [...]** Eso de alerta fascista es un simbolismo, no tiene ningún contenido. Es como lo del dique de contención. Aquí tiene que haber una pira".

Una pira que tiene que empezar con las listas de "los mejores del año", porque independientemente de si *Lectura fácil* es o no es "la mejor novela de 2018", está claro es que el libro es una bomba y una invitación, una herramienta politizadora que no tiene nada que ver con cualquier otra cosa que se haya publicado. **Quemad todas las listas: este diciembre ha llegado Cristina Morales.**